Narraciones populares
“La epopeya de Baïbars”

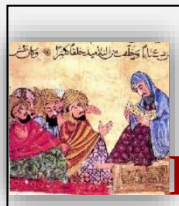
E-LIBROS
COLECCIÓN VIAJES

LAS INFANCIAS DE BAÏBARS

Edición y traducción: Esmeralda de Luis

Archivo de la frontera

Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales



Del "Roman de Baïbars"

I – En el palacio de Najm el-Dîn

Capítulo 18

18 – En el palacio de Najm El-Dîn

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 08-07-2016
Número de páginas: 16
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

18 – "EN EL PALACIO DE NAJM EL-DÎN"

El relato continúa ahora con la entrada de Baïbars y del visir Najm El-Dîn en El Cairo.

Era bien entrada la noche cuando Baïbars llegó a la *janiqah*. Allí se instaló e hizo montar las tiendas para pasar la noche. Y como las noticias de su presencia habían llegado hasta el rey El-Sâleh, éste ordenó a los miembros del Consejo, menos al Gran Visir, ir a su encuentro. Los notables, el Cadí, y Aybak, se ocuparon de organizar el cortejo y el desfile de las tropas. A la mañana siguiente, los batallones y las fanfarrias partieron de la ciudad. El pueblo, al tener conocimiento de estos acontecimientos, también salió para participar en los festejos, y allá fueron hasta las muchachas veladas y las jóvenes esposas.

A media mañana, Najm El-Dîn había dado la orden de montar y dirigirse a la ciudad. Y en ese momento llegaron los notables para recibirle. Cuando se encontraron frente a frente, se saludaron, pero Najm El-Dîn no les dejó que descabalgaran, pues ya estaban muy cerca de la ciudad. De modo que Najm El-Dîn ordenó ponerse en marcha y dirigirse hacia la puerta de la ciudad. La muchedumbre se extendía por todas partes, desbordando la llanura a lo largo y a lo ancho. Cuando la gente vio a Baïbars avanzar a caballo, más luminoso que la luna cuando aparece llena; vestido con una suntuosa túnica de brocado de oro, tocado con un turbante gris perla, brillando en todo su encanto y máximo atractivo, seduciendo los corazones de mujeres y hombres; se dijeron unos a otros:

- ¡Qué es esto que nos llega aquí, buena gente! ¡Por el secreto de la Dama, aquí está el astro nocturno que asciende, la estrella que lanza destellos! ¡Que la plegaria sea sobre el Profeta! ¡Qué Fénix Quiere entrar en El Cairo y hacer suspirar a todos los corazones! ¡Madre mía! ¡Por el honor del Profeta, que nuestro Señor le proteja del mal de ojo!

Y allí, los corazones apasionados lo elogiaban en voz baja, y los mejores oradores no paraban de enumerar sus cualidades, y todo el mundo se empujaba para llegar en tropel hasta Baïbars; con lo que no quedó nadie para presenciar la cabalgata, ni el desfile de las tropas, ni a los grandes del reino. Aybak[1], que cabalgaba junto al Cadí, le dijo a éste:

[1] Recordemos que Aybak es extranjero, y al no hablar bien la lengua árabe y considerarle un infiel infiltrado en la corte del rey El-Sâleh, se le ridiculiza haciéndole expresarse mediante una jerga que aquí intentaremos reproducir mediante algo similar en español.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Por Dios, esto ser muy raru! Mira, Cadí, desfile y ejército, hoy, no divertidos. Toda gente marchar y no mirar a nosotros. Yo regresu detrás y miro qué pasar.

- Oh, Aybak -respondió el Cadí-, puede ser que haya llegado de Damasco algún objeto exótico; una curiosidad maravillosa que haya llamado la atención de estas buenas gentes, a tal punto que hayan dejado de seguir al cortejo. Vayamos a ver la causa.

El cortejo entró en la ciudad, que a los ojos de Baïbars, aparecía inmensa y habitada por una muchedumbre surgida de las incesantes aguas de un manantial. La cabeza le daba vueltas, y confusos pensamientos se amparaban de su espíritu. Damasco le parecía bien pequeña al lado de estas tierras que habían visto el éxodo de los hijos de Israel.

- Y, sin duda -se dijo a sí mismo-, seguro que aquí no hay nada malo ni extraño, pues es la sede del califato, el trono del poder supremo.

Mientras avanzaban por las calles, la gente se asomaba a las ventanas para mirarle; contemplaban su maravillosa hermosura, dando las gracias a Aquel que lo había creado de ese modo. Le señalaban con el dedo, y así continuaron hasta llegar al barrio de la Husseyniyyeh, en donde vivía Najm El-Dîn El-Bunduqdârî; palacio que aún existe en la actualidad.

Los grandes del reino descabalgaron y confiaron sus monturas a los mozos de los establos. Pasaron al interior del edificio, en donde se colocaron en fila para la ceremonia de bienvenida. Najm El-Dîn, a su vez, desmontó de su cabalgadura, y dejó su caballo a su palafrenero Oqereb; Baïbars hizo lo mismo. El visir le cogió de la mano y le hizo entrar; su belleza y su atractivo cautivaron a los grandes del reino.

- ¡*Ma shâ'a Allah*! Rezar a Profeta -exclamó Aybak-. *Amân*, visir Najm El-Dîn ¿dónde encontrar tú este muchacho?

- Es el hijo de la Dama de Damasco, Fâtmeh Haneum, hija de El-Aqwâssî -respondió Najm El-Dîn-, y yo lo he adoptado.

- ¡*Ma shâ'a Allah*! ¡Qué esto! ¡Gloria a Creador! ¡Por Dios, tú no equivocado, tú bien hacerle tu hijo!

Pero el Cadí Salah El-Dîn, desde que posó sus ojos en Baïbars, sintió su corazón estremecerse con violencia y llenarse de odio; sobre todo después de ver las marcas y señales que presentaba su rostro, pues supo entonces que lo que había esperado durante tanto tiempo se había realizado.

- ¡Por fin estás aquí, pequeño canalla! –se dijo para sí-. Un día me desharé de ti. Tú no eres más inmortal que los otros.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Y el Cadí comenzó desde ese momento a fraguar sombrías maquinaciones.

La asamblea se reunió en el salón de recepciones y todos se sentaron, cada cual conforme a su rango y su cargo. Los mozos de cuerda y los muleros ya habían descargado el equipaje y los presentes. Entraron los coperos y sirvieron refrescos a los allí reunidos. Bebieron y pasaron así una hora en buena compañía, luego se despidieron de Najm El-Dîn, montaron en sus cabalgaduras y se separaron, cada cual por su lado.

Najm El-Dîn se levantó, llamó a los eunucos, y les ordenó que trajeran los regalos que la Dama de Damasco había enviado a su hermana, la Dama Aïsheh Haneum, esposa de Najm El-Dîn. Él mismo se encargó del cofre de plata, que deslizó bajo su ropaje, y se presentó en el harem. Su esposa fue a su encuentro y corrió a besar el suelo ante él, diciendo:

- Sea bienvenido el que partió dejándonos en la aflicción, y que ha vuelto colmándonos de alegría. Loado sea Dios, querido mío, de haberte devuelto sano y salvo.

Él, por su parte, también la saludó, y mientras tanto, los eunucos habían colocado los regalos ante ella.

- ¿De dónde vienen estas espléndidas cosas? –preguntó ella.

- De tu hermana, que te transmite sus afectuosos saludos y se inquieta por tu querida salud.

- Antes de nada, tranquilízame: ¿has observado sus costumbres?

- Sí, ciertamente.

- ¿Es verdad, como dicen los enemigos y envidiosos, que haya cometido actos dudosos y depravados, y que se haya enamorado de Baïbars? ¿O acaso han mentido y propagado sobre ella calumnias sin fundamento?

- No pluga a Dios que tal humillación sea infligida a esa joya bien guardada, a una dama tan cuidadosa de los deberes de su rango -exclamó el visir-. No, en realidad, posee un alma pura y sus costumbres son irreprochables; merece plenamente su título de Dama de Damasco. Yo sólo he encontrado en ella actos piadosos, temor de Dios, y un extremo cuidado en conservar su honor; generosa con los pobres y dedicada a las obras de caridad.

- ¡Alabado sea Dios! –respondió su esposa-. ¡Porque, por Dios, que si esos rumores hubieran sido ciertos, no habría aceptado de ella ni el más mínimo presente!

Entonces, el visir sacó el cofre de plata y lo depositó ante ella.

- ¿Qué es esto? –preguntó la Dama Aïsheh.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Pues por Dios -respondió Najm El-Dîn-, que este cofre es la única preocupación que me ha dado la Dama de Damasco! Ella me lo confió cuando se despedía de mí, diciéndome:

- Aquí te dejo un depósito sagrado que encomiendo a tus cuidados. No se lo des ni lo confíes a nadie; que no lo vean, y tú tampoco mires lo que hay dentro antes de llegar donde tu esposa, a quien se lo entregarás en mano.

- ¡Y yo no he dejado de velar sobre el cofre durante todo el viaje, hasta tal punto, que lo ponía debajo de mi cabeza antes de irme a dormir! Me dije que debía contener algún precioso secreto, y me gustaría que libres mi corazón de este tormento y que abras la tapa para que pueda ver los tesoros que contiene. ¿Serán piedras preciosas, esmeraldas, diamantes, topacios de gran valor? Debe ser algo maravilloso para que la Dama de Damasco me haya hecho todas esas recomendaciones, aparte de la pobre opinión que debe tener de mí para creer que una mirada excitaría mi codicia.

- Nada de eso, esposo mío -respondió ella sonriendo-, te lo aseguro, por tu vida, que no es lo que crees; tiene que haber una razón.

De inmediato, ella abrió el cofre y miró en su interior. Allí había un pedazo de papel envolviendo un velo de muselina de seda brocada en oro, una *zarmuzeh*, una babucha bordada como las que llevaban las damas en esa época, una moneda de oro de un dinar, que brillaba más que un carbunclo, y un pequeño céntimo de cobre rojo. Najm El-Dîn estalló en carcajadas:

- ¡Así que esto es el tesoro! –exclamó- ¡Y para esto tantas recomendaciones! ¿Pero qué se le pudo pasar por la cabeza?

Su esposa le miró fijamente y sonrió.

- Al parecer te has traído a Baïbars contigo -dijo ella.

- Sí, ciertamente, pero ¿cómo lo sabes tú?

- Por estos signos y estos símbolos. ¿Conoces tú su significado, esposo mío?

- Por Dios, que no; en esa materia tú sabes más, pues yo no he estudiado suficientemente las costumbres de las mujeres y no conozco las claves de estos símbolos.

- Debes saber que este pedazo de muselina y esta babucha significan “su hijo, Baïbars”, y dice lo siguiente: “Hermana mía, no prestes oídos a los maledicentes y no vayas a tener una mala opinión de mí; pues Baïbars es mi hijo”. El velo de muselina, brocado que se lleva en la cabeza, y la *zarmuzeh* (babucha) que se calza, significa que ocupa un alto rango entre su pueblo, y que es inocente de las malas acciones que se le atribuyen. Y el céntimo y la moneda de oro indican que

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

es joven, pero que posee un gran valor y que hay que ponerle en el mejor puesto, porque él no es como una moneda de cobre que se tira sin que nadie la preste atención, y se la envíe al diablo.

- ¿Eso es todo lo que quiere decir? ¿Me aconseja que lo cuide bien? ¿Será Baïbars como ella dice?

- Seguro que sí -respondió Najm El-Dîn-, tu hermana dice la verdad. Es un hombre bien cabal, muy educado, valeroso, virtuoso y de buen linaje; y sus acciones confirman sus nobles orígenes. Tu hermana lo aprecia tanto que lo ha adoptado como hijo.

- Tráemelo para que yo lo vea con mis propios ojos -le pidió.

- Como quieras -dijo Najm El-Dîn al-Bunduqdârî.

Entonces se fue al cuerpo de guardia y allí vio a Baïbars que se aburría en la planta baja del palacio, dando vueltas en torno al equipaje.

- Baïbars, hijo mío -le dijo-, ven, tu tía, la hermana de tu madre, pregunta por ti.

Baïbars cruzó el harem con los ojos bajos y la máxima discreción y pudor, y entró en el salón de Dama Aïsheh, que estaba sentada sobre un canapé. La dama se había velado y cubierto el rostro, tal y como prescribe la Ley.

Se acercó a la Dama Aïsheh y desde lejos hizo el gesto de tomar su mano y besarla; hizo una reverencia y miró hacia el suelo. Estaba empapado de sudor y brillaba como una perla. Ella lo miró durante un buen rato y vio que en aquel muchacho se notaba la nobleza de alma; también se percató de que procedía de una gran familia y de noble linaje. La Dama Aïsheh era una mujer muy perspicaz.

- Por Dios -dijo ella-, mi hermana no se ha equivocado acogiendo a este hombre; no cabe duda de que este joven procede de alguna estirpe noble y gloriosa. Aunque al verle, da la impresión de que hubiera sufrido las desgracias del destino y los reveses de la fortuna.

Y las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas; se acordó de su hermana y de las recomendaciones que le había hecho, y dijo:

- Bienvenido seas, hijo mío. Tu llegada es una bendición para nosotros. Y, por el amor que profeso a mi hermana, y si nuestro corazón no es lo bastante grande para recibirte, haremos que seas la niña de nuestros ojos.

Entonces le invitó a sentarse, lo que hizo Baïbars después de besar el suelo. Y mira por donde, vivía en aquel barrio de la Husseyniyyeh un sheyj, muy piadoso, hombre de ciencia y miembro de una hermandad que frecuentaba la casa de Najm El-Dîn.

- Me gustaría que mandaras a buscar al sheyj Muhammad El-Mawâhibi -le pidió a su esposo.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¿Con qué motivo? Supongo que todo va bien.

- Este hombre es nuestro huésped -repuso ella-; es como nuestro hijo, y "a quien sea huésped de un hombre de honor, jamás le deberá alcanzar una desgracia". Querría establecer el pacto de Dios entre él y yo, y adoptarlo como hijo mío, igual que hizo mi hermana, poniendo por testigo al Rey de todos los reinos. De ese modo, los días en que eche de menos a mi hermana y desee verla, enviaré a buscar a Baïbars para que me hable de ella. Aunque me temo, en este caso, que estas idas y venidas no vayan a provocar malos pensamientos de la mano del demonio, y que tú comiences a murmurar a diestro y siniestro. Por eso, si actuamos de este otro modo y acordamos este pacto entre él y yo, tu corazón quedará tranquilo y no albergarás malos pensamientos.

- Me parece bien. En verdad que el pacto de Dios no es un asunto banal. ¡Que Dios te bendiga por tu perspicacia!

Así que mandó a buscar al sheyj, y cuando se presentó le expusieron de lo que se trataba y estableció el pacto de Dios entre Baïbars y la Dama Aïsheh, que lo adoptó como a hijo y así lo fue gracias a ese pacto. Tras la ceremonia, el visir Najm El-Dîn le dijo:

- Baïbars, igual que Dama Aïsheh se ha convertido en tu madre, yo desde este momento seré tu padre. Con todo esto lo que te quiero decir es que no debes considerarte un extranjero, la casa y todo cuanto contiene te pertenece; y a mí, considérame más que nada como un invitado, como a alguien a quien has instalado en tu casa. Ve, visita el harem, recorre bien todo e instálate donde mejor te plazca.

Al decir esto, Najm El-Dîn pretendía ponerle a prueba: quería observar cómo respondería Baïbars.

- Padre mío -dijo Baïbars-, si me propones todo esto para honrarme, te diré que todo eso es algo que no sabría ser. Me resultaría imposible instalarme en el harem; porque eso sería exponer mi honor a las calumnias, pues se juzga por las apariencias, y Dios se muestra misericordioso con quien no da lugar a la maledicencia. Te ruego, Señor, que me permitas alojarme en la zona del edificio exterior, y de ese modo me habrás colmado con tu generosidad, tu bondad y benevolencia.

- Sea como gustes -respondió el visir.

Y se fueron juntos al ala exterior del palacio, en donde Baïbars se fijó en una habitación a la que se accedía por una escalera, y cuyas ventanas daban a la calle del Sultán. Era un sitio acogedor, y muy limpio, tanto como para hacer olvidar su tristeza a un corazón afligido.

- Quisiera alojarme aquí -dijo Baïbars.

- De acuerdo -respondió Najm El-Dîn.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Hizo de aquella buhardilla su hogar y dejó fuera su equipaje y todas las mercancías que había traído consigo. Al caer la tarde, cenó con Najm El-Dîn, y cuando acabaron y se lavaron las manos, fueron a sentarse al salón de recepciones. Hicieron las plegarias del ocaso y de la noche, estuvieron juntos durante un rato, y luego el visir se aprestó a marchar al harem. Llamó a un mameluco y le dijo:

- Lleva a tu amo a su habitación.

El otro cogió un candelero y se colocó delante de Baïbars para conducirle hasta sus aposentos. Le extendió su colchón y le trajo todo lo necesario, luego bajó de la habitación y se marchó.

Ahora bien, el palacio del visir tenía dos porteros, el de día y el de noche; pues el que guardaba la puerta por la noche, dormía durante el día, y no volvía a su servicio hasta bien entrada la noche. Najm El-Dîn le había llamado (se llamaba Salîm) para decirle:

- Ten cuidado de Baïbars si se presenta a la puerta del palacio.

Lo que quería decir Najm El-Dîn era: "cuida de Baïbars, si sale del palacio, pregúntale adónde va; porque puede que desee ir temprano a la mezquita o al hammam. En ese caso, manda a un mameluco que vaya con él para indicarle el camino, pues Baïbars no es de por aquí y no sabría orientarse en las calles de El Cairo". Eso era lo que quería decir; pero el portero comprendió lo siguiente: "No le dejes traspasar la puerta del palacio", y supuso que Baïbars era un mameluco de Najm El-Dîn y que éste último le había encomendado que lo vigilara, por temor a que se escapara. Tras esto, Najm El-Dîn le dejó y se fue al harem, mientras el portero se iba a su puesto. En cuanto a Baïbars, pues se desnudó, se puso la ropa de dormir, se acostó y se quedó dormido. Se despertó pasado el primer tercio de la noche, y comprendió que el sueño había abandonado definitivamente sus párpados. En efecto, acababa de llegar a la ciudad, y, como dice el proverbio: "Todo bello; todo nuevo". Pero pensaba en Damasco y en su madre Fâtmeh y en sus amigos, y no estaba tranquilo.

Se levantó de la cama, bajó al vestíbulo y llenó un cuenco de agua; hizo las abluciones, volvió a subir a su cuarto, se puso de cara a La Meca y pasó algún tiempo rezando. Luego abrió El Libro (El Corán) se sentó cerca de la ventana que daba a la calle del Sultán y se puso a salmodiar las Palabras de Quien devuelve la vida a los huesos en las tinieblas de la noche oscura.

Ya habíamos dicho que Baïbars estaba dotado de una hermosa voz, que recitaba conforme a las siete lecturas y que había adquirido todos los conocimientos relativos al Corán. Se puso a recitar, diciendo cada verso según las siete transmisiones, y su voz resonaba como el bajo del laúd. En esa noche tranquila, oírle era algo maravilloso…

Y ahora escuchad lo que les pasó a un imam y a un almuédano en una mezquita cercana al palacio de Najm El-Dîn. El imam se llamaba sheyj Mohammad, y le apodaban "Toqetiq", y el

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

almuédano era el sheyj Ahmad, más conocido por su apodo "Taqtaq". Les llamaban así por su afición a las bromas y su temperamento vivo y mordaz; ambos eran unos empedernidos granujas. Todas las noches, el almuédano se llegaba hasta la mezquita y subía al minarete a media noche a llamar a la *murâsaleh*, primera llamada a la oración, para que la gente se despertara y proclamara que Dios es Uno y de esa forma adquirir méritos. Luego, bajaba del minarete y recitaba algunos fragmentos del Corán que le habían encargado; pues éste era de los que se habían aprendido todo El Corán de memoria. Una hora antes del alba, volvía a subir a lo alto del alminar para hacer la plegaria de la glorificación:

- ¡Gloria al Viviente, al que no muere, gloria al Todopoderoso, al Terrible! ¡Gloria al que desvela a la aurora! ¡Gloria al que fija el curso de los vientos! ¡Gloria al que conoce la noche y sabe adónde va, y al que conoce el día y sabe de dónde viene!

Y seguía así hasta que estaba a punto de amanecer. Luego descendía, iba a llamar a la puerta del imam y regresaba a la mezquita. En ese momento, acababa de asomar el alba, y como de costumbre, él llamaba a la oración desde la planta baja del minarete, con objeto de que le oyera la gente que estaba allí y a quienes Nuestro Señor había inspirado una acción tan meritoria. Bajaba y rezaba antes de la aurora, muy temprano, al modo en que lo hacen los shâfi'íes [1] (pues en El Cairo, la mayor parte de la gente es shâfi'î)

Pero esa noche, cuando llegó el almuédano, y subió a lo alto del minarete, apenas había comenzado a proclamar la Unicidad de Dios, cuando escuchó una voz tan cálida y vibrante que semejaba a la de un laúd, y salmodiaba la palabra de Dios según las siete transmisiones. ¡Aquello era algo extraordinario, una voz, una dicción, un conocimiento de las reglas de la salmodia! que el almuédano estuvo a punto de perder la razón, y se quedó mudo.

- "¡Por el Profeta -se dijo para sí-, esa sí que es una voz mejor que la mía!

Y ya ni sabía cómo acabar su llamada a la oración.

Bajó corriendo del minarete y fue a llamar a la puerta del sheyj Mohammad.

- ¿Quién anda ahí?

- Levanta y vístete, sheyj Mohammad. ¡Ven, deprisa!

- Pero ¿qué ocurre? ¿Y a ti qué te pasa para venir a despertarme tan temprano? La hora de la plegaria no ha llegado todavía.

[1] El madhab **Shāfi'ī** (árabe شافعي) es una de las cuatro escuelas de fiqh, o ley religiosa, del sunismo. La escuela Shāfi'ī de fiqh recibe su nombre de su fundador, el imán ash-Shāfi'ī. Las otras tres escuelas son Hanafí, Malikí, y Hanbalí. (https://es.wikipedia.org/wiki/Shafi%27i) 18-4-2016.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Eh, oye te digo que vengas, así te lleve la peste! ¡Ven, colega; ven a escuchar algo que jamás habrás oído en tu vida! ¡Ensalza a Dios y ruega por el Profeta!

Y se fueron los dos a lo alto del minarete.

- ¡Escucha! –dijo el muecín.

El otro aguzó la oreja y escuchó una salmodia tan bella y bien recitada, que ponía los pelos de punta; con una voz tan vibrante, que disipaba el sueño.

- ¡Por el Profeta! ¡Esa sí que es una voz de oro! –dijo. Lo que Dios quiere se cumple. ¡Pueda Dios proteger esa bella voz del mal de ojo! Por la vida de Nuestro Señor, ojalá y que pueda darle cuanto desee. Y dime, amigo, ¿quién es ese hombre que recita El Corán?

- ¡Por el Profeta, que no tengo ni idea! Jamás lo había oído antes de esta noche.

Tras esto, el almuédano comenzó la plegaria de la glorificación, pero el otro le interrumpió:

- ¡Baja un poco tu desagradable voz, amigo. Pues te juro que si no fuera porque estás cantando la gloria de Dios, el que escuchara esa otra voz recitar el Corán, con la tuya al lado, te correría a pedradas. ¡Qué ruiseñor! ¡*Mâshâ'a Allah*! ¡Que la plegaria sea sobre el Profeta!

Ahora bien, había en la mezquita ocho piadosos sheyjs que dormían allí, eran doctores de la ley y recitadores del Corán; al igual que el imam y el muecín con los que formaban un grupo de diez. Todos ellos formaban una pandilla de alegres viejos, con el sheyj Mohammad Toqetíq, a la cabeza; el imam que les dirigía en la salmodia, y también el más desvergonzado. El primero se llamaba Taqtúqa; el segundo, Taqtáqa; el tercero, Taqátiq; el cuarto, Taqtaqán; el quinto, Taqátok; el sexto, Taqtaqatáh; el séptimo Taqtíqah, y el octavo Taqatân.

Ellos también se despertaron y se pusieron a escuchar la salmodia del Corán, y su emoción era cada vez mayor.

- Vamos a escucharlo de cerca -dijeron-. El hombre debe estar salmodiando en el ala exterior del palacio del visir Najm El-Dîn.

Así pues, salieron de la mezquita y se dirigieron al palacio, encontrándose con un enorme montón de gente delante de él. Pues todos los que pasaban por allí para ir a trabajar, o a rezar a la mezquita, o al hammam, se detenían al oír la voz de Baïbars y se quedaban para escucharle; sin moverse, y sumidos en el estupor y el temor. Los diez sheyjs llegaron y se mezclaron con la muchedumbre.

- Nada que objetar -dijo uno-. Su recitación es perfecta.

- No creo que en El Cairo se encuentre un recitador de su categoría -añadió un segundo.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- El hecho es, que su voz suena totalmente conforme a las normas establecidas, y su pronunciación es perfecta -apuntó un tercero- ¡*Mâ Shâ'a Allah*! Gloria al que le ha dotado de esa voz.

Y se pusieron a elogiarle.

- *Aywa*[1], colegas, ¿vosotros qué pensáis? ¿Creéis que su rostro será tan hermoso como su voz? –preguntó el sheyj Ahmad, el muecín (es decir Taqtaq).

- Si así fuera, por el Profeta, que sería un lucero resplandeciente sobre otro -respondieron.

- Eh, amigos, ¿qué diríais si yo hiciera que pudierais ver su rostro? ¿Os gustaría? –les preguntó el imam, el sheyj Mohammad Toqetiq.

- Si consigues que lo veamos, pues que Dios te conceda larga vida -respondieron los demás.

- Sí, sí, pero vosotros ¿qué me daréis?

- Media *faddah*[2] cada uno.

- Muy bien, esperad un poco.

Mientras tanto, el emir Baïbars seguía inmerso en la oración, y al cabo de un rato, terminó de recitar la *fâtiha*.

- ¡Que Dios proteja tu aliento Señor -exclamó el sheyj Toqetiq-, y que al Señor le sean gratas tus plegarias! Por Dios que eres un verdadero diamante.

En esta ocasión, Baïbars oyó su voz; estaba a punto de amanecer y ya se podían distinguir las caras. Se asomó a la ventana y vieron a un hombre joven e imberbe, de mejillas lozanas, y hermoso rostro.

- ¡Que tengas una feliz mañana, pequeño soldado! –exclamó el sheyj-; ¡ah, ah! y ¡que el Profeta venga en tu ayuda! –y le recitó estos versos:

La belleza me arrebata y su visión me embriaga
echar una ojeada e irme dichoso,
sólo eso deseo; pues al mal yo no me entrego,
mas contemplo apasionado la obra maestra de Dios.

[1] ***Aywa*** es una expresión que se usa con frecuencia en lengua árabe y se utiliza en numerosos contextos. Aquí se puede traducir como "¡Eh, colegas!".
[2] ***Faddah***: En árabe significa exactamente "plata". Aquí he interpretado que se trata de media moneda de plata, de unos 50 céntimos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Señor, que Dios conserve tu aliento. Pequeño soldado, sé gentil, baja a reunirte con nosotros. Estás ahí, mirándonos por la ventana: ¡anda, baja para que nos beneficiemos todos yendo a rezar la plegaria de la aurora contigo!

- Eh, eso está hecho -respondió Baïbars-. Y al momento se levantó, se vistió, y bajó las escaleras dispuesto a salir. Pero el portero se levantó y le cerró el paso mientras le decía:

- ¿Adónde vas, muchacho? -le preguntó-. Todavía es muy temprano,

- Voy a la mezquita.

- ¡¿Ah, sí?! ¡Abu Jîjo[1] todavía no ha empezado su paseo, y el mendigo y su hija aún están en casa!

Ahora bien, como ya hemos dicho en otras ocasiones, Baïbars era de origen turco, aunque hablara un excelente árabe; pero cuando se veía obligado a hablar en turco, para imponerse a la gente, lo mezclaba con un árabe malhablado, por razones que expondremos más adelante. Y como quería intimidar al portero, le gritó:

- ¡*Hôlane, quabi âj*![2]

- ¡Con que esas tenemos! ¡Y encima un turco!, ¡anda y que la peste te lleve, pedazo de mierda! ¿Es que tienes ganas de que te sacuda? ¡Imbécil! ¿Piensas que me voy a creer, que habiendo llegado ayer mismo, ya has encontrado un culo en donde mojar? ¿Cómo ibas a conocer a alguien aquí?

El portero alzó su bastón para golpear a Baïbars; pero éste llevaba su *lett*[3]consigo, disimulada bajo su manto y allá adonde fuera, no se separaba nunca de ella. Blandió la maza y le dio al portero tal porrazo en la espalda que le hizo morder el polvo.

- ¡Ay! ¡Socorro!, ¡buena gente!, ¡que me mata!

Y mientras el portero huía sangrando por la nariz, la boca y las orejas, Baïbars, que le dejó marchar, salió a reunirse con los sheyjs.

- Miles de buenos días, pequeño soldado -exclamaron todos al verle-.

- ¿Dónde está la mezquita? –preguntó Baïbars.

[1] Apodo que se le daba en esa época a los comerciantes ambulantes y a los judíos. Por otra parte, esta frase es oscura y no consigo encontrar un símil en español.
[2] Mozo, ¡abre la puerta!
[3] Especie de maza o pica.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Entraron en ella, seguidos de toda la muchedumbre que llegó para rezar allí. Habitualmente, sólo asistían una cuarentena de personas, como mucho, pero ese día uno no conseguía abrirse camino entre el gentío que se aglomeraba en la sala de oraciones, ¡tal era la multitud que se había congregado allí! Aunque todo hay que decirlo, la mayor parte habían venido por ver a Baïbars.

Terminada la oración y hechas las invocaciones, los feligreses se dispersaron y sólo quedaron en torno a Baïbars los diez sheyjs, que se dedicaron a examinarle sobre los principios de la recitación coránica; encontrando en él un auténtico pozo de ciencia, por lo que le cogieron aún más afecto.

- Mi pequeño soldado -preguntó el sheyj Mohammad Toqetíq-, ¿eres tú el que llegó ayer con el visir Najm El-Dîn?

- Sí -respondió Baïbars.

- O sea que tú aún no has recorrido El Cairo, ni sabrías encontrar el camino de vuelta.

- Conozco la Janiqah y el palacio del visir Najm-El-Dîn.

- Mi pequeño soldado -exclamó otro- ¡Esta ciudad, El Cairo, es la madre del mundo y su polvo es de oro! ¡Su río es una maravilla, y a sus mujeres les gusta divertirse! ¡El Cairo es para quien la conoce! ¿No te gustaría dar una vuelta con nosotros? Te podemos mostrar la ciudad para que te distraigas, porque los ojos se deleitan en lo que no conocen.

- Sí que me gustaría, sí. –respondió Baïbars.

En su fuero interno, Baïbars se decía:

- Vive Dios, que la compañía de estos sheyjs no puede ser mala, pues son recitadores del Corán.

Así que todos se levantaron y se pusieron en camino. Ya retomaremos esta historia más adelante.

Mientras tanto, el visir Najm el-Dîn que ya había rezado la plegaria matutina y recitado sus oraciones, salió para ver qué hacía Baïbars, y se dio de narices con el portero que aún se hallaba en un estado lamentable y apenas se podía mantener de pie.

- ¡Eh! ¿Pero qué te ha pasado? –exclamó Najm el-Dîn.

- Señor, ¡ha sido tu mameluco, Baïbars!, ¡que la peste le acompañe a esa mala bestia! Resulta que se despertó muy temprano y quiso que yo le abriera la puerta del palacete para, según él, ir a rezar a la mezquita. Entonces yo quise pararle los pies, ¡y en qué maldita hora! Ese apestoso turco me ha insultado, y encima en turco, y me ha aporreado con su maza, antes de darme tiempo a decir

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

esta boca es mía. Mírame un poco, mi Señor, mira cómo me ha dejado ¡Si casi me mata! Y luego ha abierto la puerta y se ha escapado.

- ¡Valiente portero estas hecho! ¿Qué te había ordenado yo? Bastante suerte has tenido con que no te haya matado del todo. ¿Un mameluco, él? ¡Es mi hijo! ¡Sí! Y más te vale no volver a cruzarte con él en el camino. ¿Es que no te diste cuenta de que es un joven piadoso que salía para ir a rezar a la mezquita? ¿Pero qué mosca te ha picado? ¿Te has vuelto sordo, o qué? ¿Es que no le has oído recitar El Corán?

- ¡Ah, por el Profeta!, te juro que yo no sabía nada de eso; "¡Ay, luna llena, quien nunca te haya visto, nunca podrá reconocerte!"

- Pues ándate con cuidado -dijo Najm El-Dîn-; porque por esta vez, pase; pero a la próxima que se te ocurra calentarle las orejas, seré yo quien te sacuda.

Esto fue lo que ocurrió entre el portero y Najm El-Dîn. Y en cuanto a Baïbars y a los sheyjs, pues anduvieron paseando por la ciudad, mientras el sheyj Toqetiq bromeaba y se lo pasaba en grande.

- ¡Ah, en verdad que éste es un día bendito para nosotros, gracias a este pequeño soldado que tan bien recita la palabra del Señor! ¡Qué maravilla! ¡Qué prodigio tan conmovedor!

El sheyj arrojaba su turbante al aire y lo atrapaba al vuelo, mientras distraía a Baïbars con elegantes observaciones, que fluían de su boca como dulce lluvia. Baïbars se lo estaba pasando estupendamente con este hombre, y le parecía tan buen compañero, que olvidó su exilio lejos de los suyos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Aquí la narración continúa en el próximo capítulo titulado

"La prueba y la fortuna del cadí Yahya"

Baïbars, en sus paseos por uno de los zocos del Cairo, acompañado siempre por los *fiqis* de la mezquita vecina al palacio de Najm El-Dîn, llega hasta el tenducho de un cadí piadoso, pero arruinado: el cadí Yahya Ibn El-Shemma'a; obligado a vender jugo de regaliz todos los días en el zoco para poder comprar un poco de pan y dar de comer a su familia. Baïbars se apiada de él, pero decide ponerle a prueba, y aquí empiezan las hilarantes desventuras del cadí Yahya y de su hijo…

Próximamente en www.archivodelafrontera.com

19.- "La prueba y la fortuna del cadí Yahya"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6